



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Pedro Novo y Colson.)



Perfecto y distinguido caballero,
literato de gusto refinado
que emplea en obras grandes su dinero]
sin que le importe un bledo el resultado.

SUMARIO

Tercio: De todo un poco, por Luis Taborda.—El altar de las reliquias, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por *Clarín*.—Chispazos, por Felipe A. de la Cámara.—Truco mexicano, por Luis de Ansoarena.—Chico en grande, por José Zahonero.—Al Sr. D. Manuel Revilla Castán, por Angel R. Chaves.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Pedro Novo y Colson.—Reconocimiento.—Monólogos (seis viñetas).—A terno seco... y solo.—De tertulia, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Las empresas teatrales han publicado los nombres de los artistas que van á endulzar nuestras noches durante la próxima temporada cómica.

Hay muchos nombres nuevos, no por lo desconocidos menos sonoros, y es de esperar que vengan á enriquecer con sus dotes artísticas la historia del teatro español.

Por de pronto hay entre los flamantes actores una figura interesante, si bien algo cargada de espaldas.

Me refiero á un característico que va á debutar en uno de nuestros primeros teatros, después de haber sido contratista de consumos en una ciudad de Asturias. El hombre, harto de los negocios y alentado por sus admiradores, que le habían visto trabajar como aficionado en Infesto, se lanza al teatro como primer actor de carácter, en competencia con Donato Jiménez, Cirera, Altarriba y demás *padres agraviados* ó *esposos iracundos* del arte dramático español.

El referido excontratista, que se llama D. Ildefonso, está dispuesto á romper los antiguos moldes, empleando procedimientos nunca vistos en la escena.

En el *Tenorio*, por ejemplo, piensa hacer del Comendador un personaje nuevo, afeitado, dulce en ocasiones, enérgico muchas veces, aunque sencillo y hombre de bien.

En la escena del acto cuarto con Don Juan, en vez de recibir el tiro en el pecho, piensa «sentirse herido» en un muslo y llevarse la mano á la parte dolorida. Después se lanzará sobre su asesino y luchará con él cuerpo á cuerpo hasta desplomarse por último como si le hubiera partido un rayo.

D. Ildefonso empleará recursos nuevos que han de gustar grandemente, pues está averiguado que el público se sabe de memoria cómo mueren en escena todos nuestros actores.

La cuestión es sorprender al auditorio creando nuevos caracteres y lanzando gritos cuando esté más descuidado el público.

D. Ildefonso piensa decir á la Abadesa del *Tenorio* al final del tercer acto:

—*¡Imbécil! (carcajada histérica) tras de mí honor ¡ja... ja... ja!... que os roban á vos de aquí ¡ay!... ¡Ja... ja... ja!...*

Y dicho esto, se dejará caer sobre una butaca presa de una convulsión nerviosa.

Sólo así, empleando nuevos procedimientos, podrán salir á flote las compañías teatrales que se disponen á funcionar durante el invierno.

Las que sigan el sistema empleado hasta ahora sucumbirán por falta de público.

Estamos hartos de convencionalismos y rutinas. Ya no aguantamos que el banquero saque á escena invariablemente patillas y batín, ni que el marido celoso gaste bigote y luchana, ni que el hambriento se suba el cuello del gabán y se meta las manos en los bolsillos.

Ahora pedimos cosas nunca vistas, que nos sorprendan y nos maravillen. Por eso D. Ildefonso, en su afán de romper moldes, se

ha mandado hacer un gabán de castor con cuello de pieles para cuando tenga que representar el papel de rey de *La vida es sueño*.

* *

Algunos creen que los empresarios de consumos no están llamados á regenerar el teatro. Los que tal cosa dicen ignoran que á lo mejor aparece un primer galán donde menos se piensa.

Las dotes artísticas no son patrimonio exclusivo de determinadas personas, no, señor. Yo he conocido un joyalatero en Guadalajara que hacía maravillosamente los galanes jóvenes, y hay una patrona en la calle del Salitre que no quiere, pero si quisiera dedicarse al teatro, podría competir con la Duse.

El año pasado, por Nochebuena, trabajó en el teatro de las Aguas, y haciendo la *Dolores* obtuvo una ovación ruidosísima, tanto que la tuvieron que poner sanguijuelas para evitarle una congestión cerebral.

* *

Á mí, después de todo, y dicho sea con los mayores respetos, maldito lo que me importa que el teatro serio prospere ó no.

Á mí deme usted zarzuelitas en un acto, alegres, con música retozona y, si puede ser, con algo de pantorrillas.

Hoy por hoy, lo que á mí me seduce es ver á Julio Ruiz, ó á Manolo Rodríguez, ó á Mesejo, ó á Carreras diciendo chistes y dando volteretas.

Y el que no esté conforme... que se fastidie.

* *

No canso más.

Iba á extenderme en consideraciones trascendentales sobre el teatro serio; pero vienen á buscar las cuartillas para la imprenta, y dejo la pluma.

Otro día será más lato ó más Rodríguez San Pedro.

Luis Taborda

* *

El altar de las reliquias.

Un día, en Valdemagnesia, visité la iglesia yo, y el sacristán me enseñó lo notable de la iglesia.

—Vi de prisa muchas cosas, pero me hube de parar ante un magnífico altar con reliquias numerosas.

De enterarme sentí afán y entablé inmediatamente la conversación siguiente con Benito el sacristán:

—¿Va usted á enseñarme, Benito, las reliquias?

—¿Ya lo creo!

—¿Es un clavo lo que veo detrás de aquel cristalito?

—Dicho sea con perdón, lo que hay allí no es un clavo; es la puntita del rabo del cerdo de San Antón.

Debajo de aquel fanal está expuesto el peroné de un tío de San José, que murió en el hospital.

De San Francisco de Asís hay aquí un gorro guardado.

—¿Y la malla que está al lado?

—Es de la red de San Luis.

—¿Ve usted el nicho del centro?

—Sí, señor.

—Pues, mire usted, la trompa de Eustaquio de San Estaquio está allí dentro.

En ese otro nicho están las narices de Santa Ana, entre unos copos de lana del borrego de San Juan.

Para que usted no se canse, mi relato abreviaré.

Aquí hay un solmillo de San Pedro, que en paz descanse.

Esto es de Santa Lucía;

rubio cabello que encanta.

—¿Si era morena la santa!

—Es de cuando se teñía.

—¿Y esto largo?

—Ofrece dudas;

pero han dado en afirmar que esto es el dedo pulgar de San Simón y San Judas.

—Largo dedo es, como hay Dios, éste que usted me presenta.

—Bueno; tenga usted en cuenta que el tal dedo era de dos.

—¿Y qué hay en esta vitrina bajo esa caja de bronce?

—La cabeza de las once mil vírgenes.

—¿Casputinal!

—Pues aún falta lo mejor; la reliquia verdadera.

¿Ve usted aquella comptera con bultos en su interior?

Pues son los riñones de Santiago.

—¿Qué atrocidad!

¿Del apóstol?

—No, en verdad,

Así la gente lo cree;

pero éstos son los riñones de un tal Santiago Palan que vino aquí de recaudador de contribuciones.

—¿Acaso fué santo?

—No;

pero lo que es mártir sí,

porque le aborcaron aquí tan pronto como llegó.

—

Sali á escape de la iglesia

y aún no he podido olvidar

las reliquias del altar

aquí de Valdemagnesia.

Juan Pérez Zúñiga.

RECONOCIMIENTO



—Aquella que va en el coche psice la Venancia, la que se vino á servir el año pasado... Y decíamos toos en el pueblo que no servía. ¡Mía sí ha servido!

PALIQUE

El general Pando, que, por supuesto, no es D. Jesús Pando y Valle, que es un particular, aunque muy generalizado; el general, ha declarado lo siguiente: «No han sido, no son, no serán mis labios militares los que viertan los conceptos estampados en las letras de molde de los diarios *El Ejército Español* y *El Imparcial*».

Vamos á ver, vamos á ver: que eso me huele á anfibología; muy solemne, eso sí, pero anfibología; y la cosa es muy grave.

¿Qué ha querido decir el general Pando, que no ha dicho lo que le atribuyen, porque sus labios militares, los únicos que tiene, no pueden decir esas cosas? O ¿ha querido decir que eso no lo ha dicho con los *labios militares*, sino con otros? Suponiendo que el Sr. Pando tuviera más de dos labios, cuatro por ejemplo, no sería el primer ser humano con esa cualidad. Mas extraño yo cómo unos labios pueden ser militares. Porque si hay labios militares, también hay pelos militares, y narices y orejas militares. Y si dice el general que habla en sentido figurado, yo le recordaré que también hay figuras tristes, como la del Caballero de la *triste figura*.

Además, V. E. debió advertir que los labios, aun los belicosos, no pueden verter conceptos, y que los conceptos no se estampan en las letras de molde, porque en las letras no se estampa nada; son las letras las que se estampan en el papel ó lo que sea.

Ya sé yo que para ser un héroe y vencer á los insurrectos no se necesita entender mucho de letra; por eso, cuando el Sr. Pando está peleando en Cuba no será yo quien le corrija los vocablos; pero ahora que se dedica á hacer gemir las prensas, no con los labios militares, sino con cartas y confidencias, estimo que el general está de lleno dentro de la jurisdicción de la crítica literaria.

Sin embargo, no aconsejo al general que se dedique al noble

arte de aprender á escribir ó hablar como Dios manda, porque, después de la circular del Ministro de la Guerra, de poca utilidad le había de ser el meterse en el cuerpo al mismísimo Pinciano.

En efecto, en virtud de los artículos 300 núm. 3.º (así señalan las leyes los Justinianos de armas tomar) y 329 núm. 4.º, en relación con el 215 núm. 1.º del Código de Justicia militar, ni el general Pando, ni el *Sursum Corda*, como sea de caballería ó de infantería, pueden tener, ó por lo menos emitir opiniones sobre actos del Gobierno.

Y en esta España al que no le dejan hablar mal del Gobierno ¿para qué le sirve la retórica?

De modo que en *labios militares* no entran moscas.

Compadezco á nuestro bravo ejército, que expone su generosa sangre por la patria, y no puede discutir de qué barro está hecho Tejada Valdosera.

Yo, francamente, no sabía siquiera que había un *Código de Justicia militar*.

Porque pensaba yo: como justicia militar no la hay, mal ha de haber un código de eso.

Creía, tan paisano soy, que habría un *Código militar de Justicia*, lo cual es muy otra cosa. Soy sistemático; y así como niego los labios militares, las narices militares, los sabañones militares y las fiebres militares, niego la justicia militar.

También creo que la circular demuestra que en el Ministerio de la Guerra hacen poco caso de la jurisdicción gramatical de la Academia Española, aunque está dirigida por un capitán general. La circular habla de *interviene*, y según la Academia ningún español, ni aun militar, está obligado á saber lo que es eso.

Dirá el ministro que nadie puede alegar la ignorancia de las leyes. Pero ¿y la ignorancia de los barbarismos? ¿Para qué han de cobrar dietas los académicos, si el Gobierno mismo desprecia la legislación gramatical académica?

* *

Y no crea el Sr. Pando que estas cuestiones de palabras no tienen importancia. Sí la tienen; y él mismo va á demostrarlo.

Dice el Sr. Pando (no sé si con labios militares) que la guerra de Cuba no es *especial*, y lo dice para deducir que no hay que emplear procedimientos especiales. Y á poco, habla de la necesidad de combatir en Cuba de cierta manera por «la *indole* de aquella guerra».

¡Ve usted! Por culpa de las palabras, viene usted á contradecirse. El general Pando viene á reconocer que la guerra de Cuba tiene un modo de ser que no es como el de todas, es decir, que no se queda en lo *genérico* de la guerra, tiene su *indole*, que pide procedimientos determinados también... luego la guerra de Cuba es *especial*. *Especial*, Sr. Pando, que no es lo mismo que *singular*, que es la acepción que da usted á *especial*; y está mal hecho. No se ha dicho que la guerra de Cuba fuera como ninguna otra; no se ha negado que haya otras como ella, ni que además tenga lo *genérico* de todas las guerras; pero el mismo Pando le supone una *indole*, palabra menos exacta, pero que viene á expresar la misma idea de especial. Y es de sentido común. No hace falta haber sido teniente general en la Isla de Cuba, y haber vuelto, para saber que la guerra de Cuba se parecerá más, v. gr., á la de nuestros guerrilleros, á la *vendeana* y otras así, que á la batalla de Farsalia ó á la de Waterloo.

Ya ve el Sr. Pando que no le niego yo su pericia militar, su viaje de ida y vuelta á Cuba; lo que digo es que no sabe lo que significa especial. Por supuesto que hay algo que molesta en esto de corregirles el vocablo á nuestros valientes soldados (y generales), que han defendido la bandera española en América. Por eso, entre otras razones, desearía yo que no hubiese tantas idas y venidas. Porque vamos á ver: supongamos un general que se está en Cuba hasta que la guerra se acaba y puede volver victorioso. Mientras está por allá, no escribe en los periódicos de por acá, porque tiene más que hacer, y no puede hablar de *labios militares* ni de conceptos estampados en letras. Y cuando vuelva cargado de laureles, ¿quién se atreve á corregirle aunque diga catredal y sincero, diferencia y haiga?

Clavin.

Chispazos.

Siempre que quiero saber los besos que robé á Carmen, ¡me desnudo los dos brazos, y cuento los cardenales!

Tu cara es terrón de azúcar, tu boca, panal de miel, y las motas de tu velo, morcas que acuden á él.

Tu boca, con ser tu boca, no es tan feliz como yo, pues yo puedo en tu garganta darte un beso, y ella no.

Felipe A. de la Cámara.

MONÓLOGOS



—Aunque los ministros hagan un arreglo con Silvela, ¿verá usted cómo no pagan á los maestros de escuela!



—¿Cómo pediré ese duro? Diciendo que busco un socio para emprender un negocio de resultado seguro!



—No puede uno ser artista del género decadente, porque á lo mejor la gente le toma por anarquista.



—Tengo ganas de que venga la corte... Porque mientras no está aquí la corte no se luce uno.



—Pero ¿será de veras que hay en el mundo ricas herederas?



—¿Por qué habrán suspendido los Casinos aquellos donativos que hacían mensualmente á la beneficencia?

Triunfo mezquino.

I

Abstraído por la ciencia,
un sabio no se cuidó
de nutrir la inteligencia
de un hijo que Dios le dió;
y, mientras pasa los días
persiguiendo con afán
las profundas alegrías
que sus estudios le dan,
y aspira á cambiar del hombre
la mísera condición
con un invento que asombre
y haga una revolución,
á sí propio abandonado,
sin un consejo jamás,
crece aquel hijo... engendrado
de mala gana quizás.

II

Venció el sabio en su porfía,
vió su triunfo como un hecho
y, embriagado de alegría,
descansó al fin satisfecho.
Razón tenía al pensar
aquel hombre venturoso
que iban todos á admirar
su invento maravilloso,
pues la prueba, sin fracaso
practicada, demostró
que la ciencia daba el paso
más grande que nunca dió.

III

Cuando, libre de la gente
que le aclama, el inventor
mira en torno, indiferente
por el triunfo embriagador
ve al hombre desventurado
en quien no pensó jamás...
Al hijo que él ha engendrado
de mala gana quizás.
Y siente la sangre helada
ante la mirada fría
de quien sin decirle nada
envenena su alegría,
pensando que por su olvido
vivió aquel ser á su modo,
y que ya es hombre perdido
para el padre... y para todo.
Así se lo hace advertir
cuando, como enhorabuena,
él sólo sabe decir
sin entusiasmo ni pena:
«Lo que buscabas lograste;
el mundo aclama tu nombre...
Una máquina inventaste...
pero ¿qué hiciste de un hombre?...
La máquina fué en rigor
causa de mi mala estrella...
¿Cómo pedirte un amor
que sólo pusiste en ella?
¿Qué más te puedo decir?...
¡Triunfastel... ¡mas ciertamente
que Dios no te ha de aplaudir
como te aplaude la gente!

Luis de Ansotena.

Á ternó seco.. y sólo.



—Pues señor, está visto que ya no *pegan* el sombrerito de paja y la ropita de riguroso verano. Pero menos *pegarán* en Diciembre, y no tendré más remedio que seguir fingiendo que el calor me sofoca.

Chico en grande.

Mano fuerte que detiene á un caballo desbocado, alma que no conoce la tristeza y pecho que no conoce la fatiga: todo esto tenía *Chico en grande*, alto como un gigantón.

Tendido en la hierba, con la desgrefiada cabezota llena de pajitas y de polvo por el viento y los enormes pies desnudos, á los cuales los pinchos de unos cardos no causaban impresión, estaba con los ojos muy abiertos, viendo pasar blanquísimas nubes por el azulado espacio, y pensaba en que ya era irremediable, el mal estaba hecho... ¡Qué se había de hacer!

¡Caramba! Se hartaba de oír aquella voz chillona é impertinente, y había de llegar un día en que diese él la primera paliza.

Luego tentaba con sus gordos dedazos el bolsillo del chaleco;

allí estaba el dinero, veintinueve pesetas y céntimos, en dos paquetes aquéllas, en uno éstos. Lo mismo le daba; de buena gana hubiera tirado el dinero, los jornales de la semana, al río, al esmirriado Manzanares...

Al fin se cansaría de estar allí, hecho un gandul, y volvería á casa, y vuelta al vapuleo... si le volvían á fastidiar.

—Cuidao—pensaba,—que yo en jamás hasta hoy la toqué al pelo de la ropa... ni pienso que tan siquiera la había quitao lo que se dice una hilacha del vestío... Pero un hombre se harta, y tanto son que son... ¡hasta que la volqué de un voleo, y allí estará llorando todavía... Pero, señor, lo que dice el otro: cuando veas el daño no perdones regaño... está propio que así sea... ¿Pero me ha visto ella bebío alguna vez? Mejor dicho... que haya empinao de cuando en cuando ¿es para que una mujer se piense que está uno borracho siempre? No, señor.

En un carro de plata que parecía tirado por dos cisnes iban dos figuras extrañas, como de diosas ó hechiceras, navegando suave-

mente y cruzando á impulsos del viento el espacio azul; pero pronto desaparecieron las cabezas, el barco-carroza se infló como un globo y todo fué quedando confundidamente fundido en un nubarrón que perdió su blancura por un color grisáceo amarillento.

—¿La habré hecho mal? No... Daría de recio... no pienso que la di... pues si luego á daría de recio... ¡Dios me valga!... allí se queda...

¡Quedarse allí! Á esta idea se llenó de temerosas imaginaciones la mente de Juan, de *Chico en grande*.

No se había fijado, al salir de su casa, si su mujer, á la cual había tendido en el suelo de un trompazo, hubo de quedarse allí privada... ó herida... ¡Dios, qué horrible pensamiento!... ó muerta...

Se levantó bruscamente por un prodigioso movimiento y se llevó las manos á la cabeza.

—¡Si no la di de recio, Dios!... —exclamó.—Pero yo tengo mucha fuerza—pensaba—y puede que sin querer... la haya estropeado... Las mujeres son como barquillos...

Era charlatana, celosa, celosona, que era tal que no se podía vivir con ella... Siempre en quisquillas... siempre en quejas... siempre con impertinente chinchorro... Pero y aquella boca delgada de labios colorados, dientes chicos chiquiticos y blancos, y aquel cuello carmíneo, y aquel cuerpo, y aquella mata de pelo rubio espeso que pesaba en la mano más de una arroba?... Y hay que decir que si Elogia, ó Ulogia, como *Chico en grande* la llamaba, si era como era, él sabía el por qué.

—¡El querer que me tiene, que la consume—decía.—¡Pero si ella no me enritara hasta hacerme perder el tinot... El querer que me tiene, que cuando á ella me acerco la relumbran mil llamitas en los ojos, como si fueran luces de una araña colgante... y hasta parece que se la encienden las pecas rojillas que tiene en aquella cara blanca como la pechuga de una paloma. ¡Dios, si la habré dañado mucho!... Me cegué, Dios, me cegué, me puso sturdidas las orejas con el dale que le das: qué si parecía que se acercaba á mí deseosa de que la diers un guantazo... Siempre ha venido haciendo de mí lo que le dió gana...

¡Quién sabe lo que había ocurrido! Tal vez luego que él saliera de casa entraran en ella los vecinos... pero entonces nada malo había sucedido, porque en caso contrario ya hubieran ido en su busca.

Otra suposición era la de que podía también haber quedado en tierra Ulogia y allí permanecer privada de sentido... ó cosa peor, y no saberlo nadie aún.

Miróse la manaza Juan, aquella palmeta ancha, reina como si tuviera por piel la de un elefante, dura como un martinete, aquellos enormes dedos... ¡Cuánto podía y cuánto había hecho con aquella mano y aquellos dedos!... Se asustó al mirarla y se asustó al recordar el poderío que en ella tenía acumulado.

—¡Dios! ¡Virgen! ¡Retaco! ¡Quiera el Santísimo que yo no me haya hoy perdido... pero aunque yo no la haya perdido pa siempre, voy allá...

Si iba, pero se detuvo. ¿Qué iba á hacer? Á estropearlo, á perderse, á echar por tierra toda su hombría... El hombre, á lo hecho, pecho, y el que va al pecado, va al castigo... Además, que no podía haber sucedido nada: ¡total, un trompazo! Nada. Malo está que un hombre pegne á una mujer, pero cuando ya le pone ésta á perder el miedo, á Roma por todo. ¿No estaban diciendo siempre los amigos, como Tomasillo el peón: «Este todo es fachada, y el mejor día le azota su mujer?» ¿No decía el maestro con frecuencia: «Juan, tu mujer te muele mucho, chilla y manotea; apórtale las espas, porque tan grandazo como eres y tan fuerte, no eres luego más que una criatura, *Chico en grande*?»

—¡*Chico en grande*!—gritó una voz de mujer.—¡Señor Juan—era una vecina,—se venga usted á comer!

—¡Ah, no ha pasado nada!—se dijo, y respiró, y resolvió dirigirse tranquilo, sosegado, disimulando penas, fuerte, sonriente...

Allí esperaba su mujer; conocíasele en la mejilla el hofetón.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, temblaba, estaba arrepentida, temerosa... ciega de pasión.

Él terne que terne. Grave, frío, haciendo gestos ó fuerzas, como si por dentro levantase con las entrañas un enorme peso. Nada de blandura.

—Juan... has hecho bien en pegarme... eso... ¿Por qué no me has regado antes? Juan, ya lo ves, se ha visto tu querer que te ciega... Ya ves... ya no te quemaré más la sangre...

Y Juan replicó: —Veremos...

Y conservó el ceño valerosamente hasta que estuvo fuera de su casa. Una vez que se vió lejos de ella y solo, el niño que había en aquel hombrón se echó á llorar.

—Es que es ciega por mí... se echa de ver... y antes que pegarla me corto la mano. Pero en jamás la pegaré... en jamás—repitió *Chico en grande*.

José Zehner.

AL SR. D. MANUEL REVILLA COSTÁN

SUEN SOLDADO PROBABLE Y MEJOR NOYTA SEGURO

Recibidas vuestras letras, que dieron á un tiempo al alma, si pena por bien sentidas, poco por mejor habladas,

no pienso voscé que aspire á ser *repostero* á dejarlas, que aunque erráis de medio á medio en suponer que el monarca

me dispensa sus favores y me da honor con su gracia, me solga de corteza lo que de injunjo me falta. Protección queréis pedirme de una manera embusada, aspirando por lo menos á lograr una ventaja.

Para ello sin duda alguna contáis con vuestras liazanas, dando á entender que servisteis largos años á la patria, y tal vez pensando iluso que memoriales ni cartas han de decir lo que dicen cuatros mal cerradas.

¿Que tenisteis de la Escuela tal vez con sangre las aguas, y que la peste en Ostenda cubierto os dejó de lacras? ¿Que del luterano en Flandes y del hugonote en Francia resististeis el esfuerzo en cien campañas batallas? Buenos méritos serian esos, si aquí no se usasen para medrar los pedañes de menos rudas escalas.

Pero si veis el día ó la tierra por calles y plazas á cientos los que sacan libros dejaron en tierra extraños hambrientos y mal vestidos tender la mano hilada demandando la limosna del primer quédan que pass, ¿por qué habéis de figuraros que se os formó de otra pasta,

ó que los méritos vuestros son de bien distinta lana? ¡Buscáis títulos y honores! ¡Sedienta tenéis de plata la bolsa y pedís remedio al azabuz ó á la espada! Voscé lo ha dicho, ya esas no son de esta edad las armas, ni hoy con ellas se conquista honra, provecho ni fama.

¿Queréis medrar? El ejemplo seguid de los que se lanzan, mejor que en pos de los burros de una gloriosa campaña, á la pesca de algun pedacito de esos mil en que á mansalva de Roque Gálvez se deja en pañales las liazanas. Que ya os juré por mi vida que con un poco de maña, dos pocos de desvergüenza y muchos pocos de audacia, de bolsa y vientre repleto, llegaré á no daros nada que de aquel suelo en que un día jamás el sol se ocultaba en nos quede de aquí á guco, y esa polre y esquilmada, más que la tierra preciosa en donde poner la planta. Ya veis que si protegieris no puedo qual deseara, del pío tercer Filippo por no contar con la gracia, os envío unos consejos que no tienen más ventaja que el servir igual que ahora á tres siglos de distancia.

Angel N. Chaves.

CHISMES Y CUENTOS

Á la vuelta de un viaje me encuentra con una porción de novedades y ninguna buena.

En primer lugar, parece ser que se publicó en los periódicos una carta atribuida al general Ancofraga en que se hacía contar que España defendería sus derechos contra los Estados Unidos y contra todo el mundo si era necesario, porque aún nos quedaban aquí las agallas suficientes para sucumbir con honra. La Nación respiró satisfecha, como diciendo: —¡Concho! ¡Gracias á Dios que tengo un hombre!

Pero el presidente del Consejo de ministros se apresuró á rechazar la paternidad de la carta, como contestado:

—¡No! ¡no se alegren ustedes! Yo no soy capos de eso ni de nada.

La otra novedad es que los insurrectos han entrado en Victoria de las Texas, después de quince días de asedio; fracto gordo de los que desacreditan á un general en jefe, y que han aprovechado gran parte de la prensa y no pocos políticos de todas categorías para decir que la patria está en las últimas y que se impone la concesión de la autonomía á los insurrectos.

No digo yo que por patriotismo se oculten los desastres, pero de ahí á dar por perdida la campaña y á gritar «¡salvase el que pueda!» y á pasar por todo, hasta por la liquidación vergonzosa que pide D. Francisco (ó pedía, porque ahora parece que ha abanzado velas ante la posibilidad de entrar en la combinación), hay un abismo.

Se necesita estar ciego para no comprender que el golpe de mano dado por los rebeldes después de seis meses de inacción absoluta y... forzosa, lo ha sido para eso: para que la prensa peninsular apriete las clavijas en su favor, sin saberlo, y para que Mr. Woodford acabe de asustar á nuestros pusilánimes gobernantes.

Pero ¡mire usted qué demonio! Ahora les ha entrado á los señores periodistas una blandura de corazón y una lástima tan grande por los pobrecitos mambises que han abandonado la evoltura carnal, que lloran como tórcolas viudas, y de puro amor á la humanidad (que no tenían el año pasado por ahora) les falta poco para renegar de una patria que así reprime la rebelión de sus colonias.

¡Es lo que nos quedaba que ver!

Por supuesto que esa compasión no va más que con la Isla de Cuba.

De Filipinas en tiempos de Polavieja (¡ay! ya pasaron) venían todos los días unos despachos que ponían los pelos de punta, diciendo que se había fusilado á veinte, á treinta, á cincuenta, que en un combate se habían hecho al enemigo tres mil muertos, en otro cinco mil, y así sucesivamente.

Y las noticias se recibían con júbilo, y se enaltecía al general; y aun han pocos días se han acogido con simpatía las manifestaciones de Blanco, que en su *Memoria* hace constar que antes de embarcarse para la península había matado seis mil tagalos.

¡Porra! ¡Par qué no decían ustedes entonces que ya bastaba, que no se derramara tanta sangre humana y que todos éramos hijos de Dios? Pero no, los hijos de Dios y hermanos nuestros en Jesucristo no son más que los de Cuba.

De tertulia.



—Ahora que en calma
tu madre duerme,
bajo, bajito,
di si me quieres...

(LA BRUJA.—Acto 1.º)

Y de la evolución periodística en favor de la autonomía hay bastante que hablar.

No hace mucho tiempo tronaban contra ella, porque decían que atentaba á la integridad de la patria, la mayor parte de los periódicos y la gran mayoría de los políticos de todos los colores.

Recordarán ustedes la pulverada que se levantó contra las manifestaciones de Pi y Margall que tuvo el valor de oponerse á la corriente.

¡Qué de cuchufletas y de injurias en la prensa y en los *altos círculos!*

Nadie defendió entonces al jefe de los federales más que su partido, naturalmente, y el MADRID CÓMICO.

Si le defendimos porque al menos era lógico y consecuente en sus ideas. Pedía la autonomía para Cuba, porque la pide también para todas las regiones de la Península. Y eso está bien hecho, dentro de su programa.

Pero los que aquí se conforman con los gobiernos que hacen mangas y capirotos de la justicia, que falsean las elecciones, que abruman á los contribuyentes y que se apoyan en el caciquismo desenfundado, ¿con qué derecho piden otro régimen más liberal para una colonia rebelde que nos empobrece y nos desangra?

A todo tirar, y en estricta justicia, se debe desear para los países conquistados las mismas leyes y los mismos derechos que para la metrópoli, aunque ahí están Francia y Alemania que marchan á la cabeza de la civilización y tienen leyes especiales para la Argelia y la Alsacia, sin que á nadie se le ocurra protestar, ni los Estados Unidos manden otro Mr. Woodford á preguntar que por qué se hace eso.

Bueno, pues los mismos que trinaban contra Martínez Campos, y faltaron al respeto á Pi, y se echaron como energúmenos sobre *El Liberal* que publicó una carta inocente de Giberga, ahora salen con la copia de que la concesión de la autonomía sería un rasgo de nobleza y piden á Dios que venga en seguida Sagasta á ver si pierde pronto las posiciones de Ultramar y Moret paga cuantas indemnizaciones le exijan, y nos quitamos quebraderos de cabeza.

¿Habrá algún alma caritativa que me explique la razón de este cambio?

Porque yo no me la explico si no es acudiendo al chulo de *La canción de la Lola*, que decía que

«ni e n un velón de curo
candiles se hallan dos onzas
de vergüenza en todo el patio»

Y como no quiero creer eso, prefiero creer que todo ello es arma política que emplean los señores que aspiran al poder ó á sus dulces consecuencias, sin importárseles un ardite que el ejército haga un mal papel cruzándose de brazos ante unas turbas de incendiarios y asesinos á quienes se le obliga á tratar con el mayor respeto, ni que á la postre llegue un pacto deshonroso para la Nación.

Pero lo malo es que, para apoyar esta evolución inexplicable, quieren hacernos tragar la píldora de que representan la opinión del país.

Y es mentira afortunadamente. Porque el país que sostiene sin quejarse las abrumadoras cargas de la campaña, sigue pensando lo que pensaba al principio: que á la guerra se contesta con la guerra, que la bandera nacional debe quedar incólume y que sería vergonzoso conceder á los insurrectos lo que piden, después de los sacrificios hechos.

Y en prueba de que es así noten ustedes un fenómeno.

En la conciencia de todos está que el absolutismo es imposible. Nadie, ni los mismos carlistas, cree de buena fe que su triunfo podría ser duradero, y sin embargo... es innegable que la Nación no se asusta por los trabajos cada día más claros de los partidarios del Pretendiente y... ¡vaya, digámoslo de una vez! hay momentos en que hasta ve con simpatía el hierro candente que representan las huestes de Cerralbo. Parece absurdo, pero es el Evangelio. En otras circunstancias los manejos reaccionarios excitarían la cólera nacional; en las actuales se ven con oculta satisfacción ó por lo menos con indiferencia.

¿Por qué? No porque el país sueña siquiera con retroceder un siglo en su historia, sino porque las declaraciones de D. Carlos y de Nocedal, en frente de las de los otros políticos de pacotilla, interpretan los sentimientos de las masas (de las *Asturianas* y de las otras): Guerra de exter-

minio, vigorosa energía contra los yankees y el restablecimiento del despotismo para los ingratos que han alzado la bandera separatista.

Y es que aquí hemos tenido siempre el mismo defecto. El de poner el honor de la patria sobre la humanidad y sobre todas las cosas.

Es de notar, de paso, que mientras los jefes de grupo y cabecillas de grapiño marchan y contramarchan procurando contemporizar con Calixto García, y vierten amargo llanto por las supuestas crueldades de Weyler, todos los militares que vienen de allá opinan que se debe seguir el sistema contrario. Excepto Martínez Campos, que todavía no ha salido de su apoteosis; es decir, de la apoteosis que le prepararon los insurrectos iluminando su camino con rojas llamaradas.

Y lo curioso es que, con motivo de las manifestaciones de otro general que acaba de llegar diciendo lo mismo que los anteriores, el Gobierno ha participado de una manera oficial que piensa impedir que los militares espongan públicamente sus opiniones sobre la materia.

¡Es gracioso! ¿eh? ¡Los militares no deben hablar de la guerra! ¡Á quien se debe consultar es á los gaceteros y á los politiquillos de tres al cuarto!

Escrito lo que antecede, me encuentro en *La Correspondencia* con el siguiente suelto:

«Á las cuatro de la tarde de ayer recibió cristiana sepultura en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena el cadáver del soldado, procedente de Cuba, Salustiano Gutiérrez López, que falleció anteaer en Madrid.

Por una triste coincidencia, mientras el pobre soldado pagaba su último tributo dando su cuerpo á la tierra, sus ancianos padres, que quedan en el

mayor desamparo, le esperaban en la estación de Illora (Granada), su pueblo natal.»

Decididamente tienen razón los que dirigen el cotarro: hay que contemporizar con los enemigos y enviar contra ellos un general que no los castigue duramente y que los trate con todo el cariño posible.

Pero hay que hacerlo de modo que no se enteren esos dos viejos que esperan en la estación de Illora al hijo que no llegará nunca.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Don Calixto.—Son muy vulgares las tres cosas.

Sr. D. M. S. R.—Esa tiene el inconveniente de ser imitación de las de López Silva. Y al público le hacen poco efecto las imitaciones.

Caporal.—¿Qué quiere usted saber? ¿Si están bien medidos? Pues sí lo están. Pero de lo otro, deja moralidad, ¡ni hablar siquiera!

C. K. B.—Mal no está; pero ya comprenderá usted que éste no es lugar apropiado para publicar himnos á la Virgen María.

Sr. D. L. L. Ch.—Deploro con toda mi alma tener que decir otra vez que no podemos admitir artículos.

Sr. D. R. L. H.—Se publicará una, la escrita en quintillas, aunque no es muy propia de este periódico. Pero, hombre, ¿de dónde sacan ustedes que aquí se rechazan sistemáticamente los trabajos? ¿No hace quince años que está sucediendo lo contrario precisamente?

Juan José.—Atrevidilla es la minucia.

Sr. D. A. M. S.—Celebro que estemos de acuerdo. He recibido infinidad de cartas de Cuba en igual sentido. Y esos votos, como es natural, me enorgullecen un tantico.

Plumeros.

Cepillos.

Gamuzas.

Completo surtido.

Precios ventajosos.

HIJOS DE M. GRASES.—Fuencarral, 8.

CONSERVAS

DE

AVES, CARNES, PESCADOS Y MARISCOS

MARCA

LA NOYESA

Depósito exclusivo de los exquisitos chocolates de cacao.

JUAN SOUTO CHAS É HIJO.—SANTIAGO

Vinos gallegos puros del Rivero.

A. SOUTO.—Mayor, 86.—MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

30 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

A los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan matifecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.100.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Impreso en los Hijos de M. G. Hernández, Librería, 23 de 407.